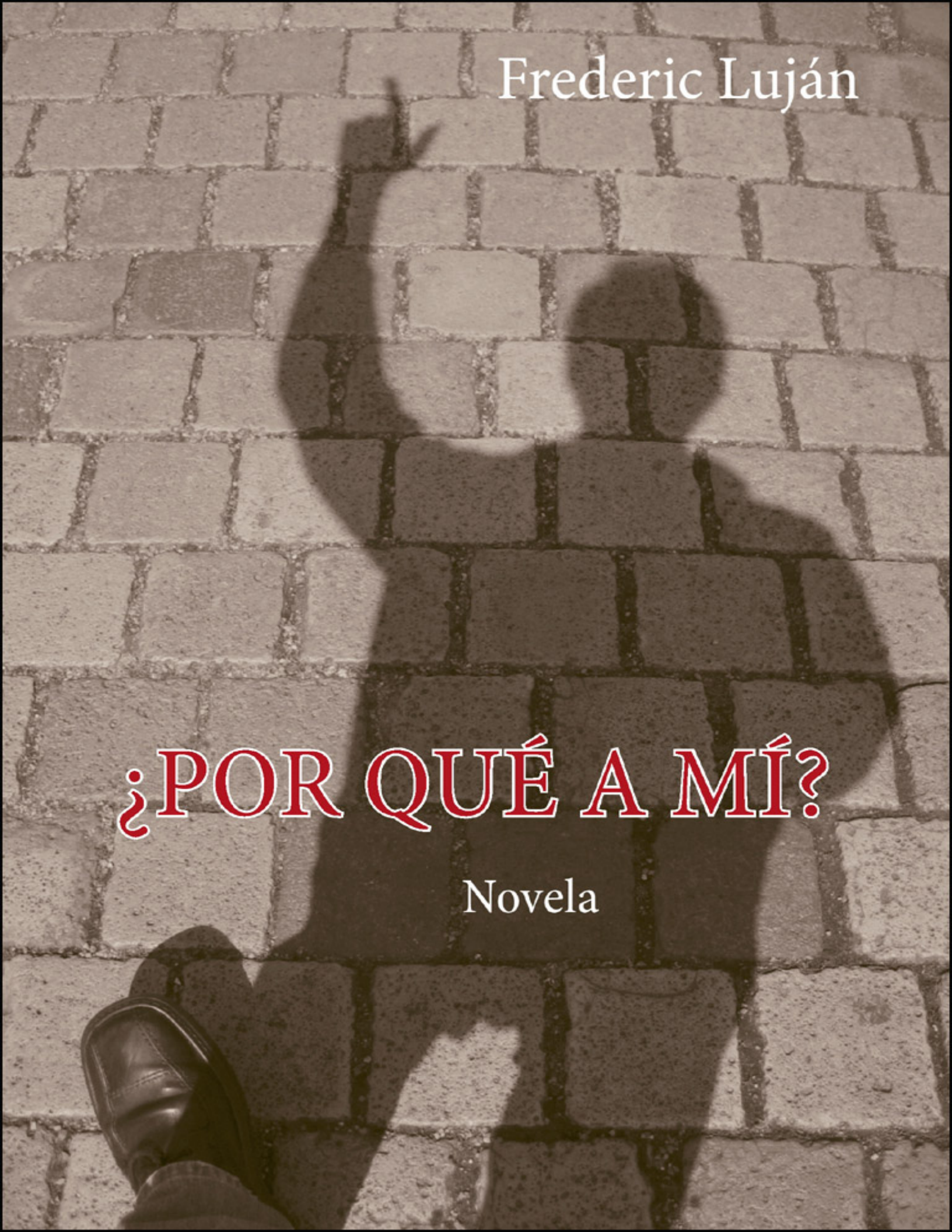

Frederic Luján

¿POR QUÉ A MÍ?

Novela

A mis padres, Cristel(†) y Carlos, y a Izabela, la mujer que me ayudó a ser feliz.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con circunstancias o personas reales es pura casualidad.

“No se dejen asustar por el sexo duro del libro. Realmente vale la pena leerlo. Te da una buena visión de la vida de un muchacho alemán criado en un ambiente increíblemente racista, sexista y clasista, en el que lo más importante es ser exitoso; en fin un ambiente que produce a gente egoísta. En ¿Por qué a mí? –igual que en American Psycho-, se trata de un tipo egocéntrico que desprecia a todos los que no son ricos y bonitos y que solamente puede encontrar diversión en excesos sexuales.

Aparte de las interesantes reflexiones sobre el Perú y Europa desde Alemania, lo que más admiro del libro es la honestidad con la que describe Frederic Luján a su viejo ego Félix. Al llegar a Alemania se encuentra en un mundo donde no es privilegiado, y es allí donde aprende a querer, con una mujer que no lo considera superior y de quien depende moral y financieramente, y esa relación lo redime, es decir lo vuelve humano. El libro empieza pornográfico y termina como una linda historia de amor.”

(Pieter de Vries: Sociólogo y Doctor en Antropología, catedrático e investigador, Department of Social Sciences Wageningen University and Research Center, Holanda)

“Mira que leyendo ¿Por qué a mí?, me he quedado con la boca abierta y la barbilla en las rodillas, pero nunca me he sentido ofendida como mujer, y eso quiere decir algo. Todos esos cambios o situaciones sociales me hacen pensar mucho, y con la distancia que tenemos de aquí al Perú (en kilómetros, años de desarrollo tecnológico, en cambio de cultura,...), lo veo también con otros ojos y me parece importante relatar lo que observamos. Sin embargo, no hay que olvidar que nosotros aquí en Europa vivimos también en una burbuja, no tan sexista, pero financiera, materialista, y la gente "normal" se vuelve cada día más violenta. Al

menos acá en Suiza. Quizás Frederic Luján nos presente algún día también ese espejo.”

(Mónica Hug: Maestría en Administración de Negocios, jefe de administración y finanzas de la Universidad FHS St. Gallen, Suiza)

“Todo en la vida tiene algo de bueno y de malo. En un país tercermundista como el Perú de hecho hay más pobreza que en Alemania, gran injusticia social, menos acceso a la cultura, más corrupción, pero también es un pueblo más cálido, con un gran Joie de vivre, expertos en ser felices con cosas simples. La misma razón por la que es también más manipulable. Lo que me impacta del libro de Frederic Luján es la síntesis de su vivencia tercer-primer mundista y en cómo la misma persona es totalmente diferente en dos culturas. Por eso es más fascinante aún la atracción mutua de una cultura por la otra.”

(Marilú Aguilar: Diseñadora gráfica con maestría en marketing en EE.UU, profesora y asesora; Chile)

“Hiperbólico. Sí, hiperbólico. Esa es la primera palabra que se me ocurre al pensar en ¿Por qué a mí? de Frederic Luján. Porque, por supuesto, uno no puede llamarse Frederic y apellidarse Luján, sin que la hipérbole sea el signo característico.

Dos conciencias, dos culturas, dos cuerpos, tiene ese personaje escindido que es Frederic, perdón Félix, y que está dispuesto a todo en la vida con tal de ser único, figurar como se lo propone desde la primera página. Sin embargo, el viaje de la felicidad imaginada a la cruel realidad que lo espera del otro lado del charco, no lo deja incólume. Mejor: Dejar de “sentirse” feliz, para “ser” feliz no se da, sin que nuestro protagonista pague una alta factura.

Lo leí como un manual. Como un buen manualito de improperios, con final místico.”

(Lina Arregocés: Asociación Cultural Iberoamericana-ACI, Dresden /Alemania)

ÍNDICE

Quiero ser feliz
Paula
Por primera vez en Alemania
El gran proyecto
He fracasado
El purgatorio

Quiero ser feliz

Todo en mi vida parecía armonizar para emprender el camino hacia la felicidad. Tenía curiosidad por sentir, experimentar, y pensé equivocadamente que sólo las cosas que podía ver y palpar me conducirían a la felicidad. Decidía todo racionalmente, nunca con el espíritu. Tracé en el mapa de recorrido por la vida sólo la ruta exterior, la de la fama y riqueza material. Pensaba que así alcanzaría mis objetivos. Quería ser alguien, figurar, ser único. También era importante para mi ego tener siempre una mujer junto a mí que satisfaciera mis necesidades sexuales. Sin ellas no podía vivir, adoraba sus cuerpos, por un minuto de placer era capaz de vender hasta mi alma, moría por ellas. Sólo era pasión y más pasión, débil por la carne, el perfume de su piel, sus curvas y cuerpos excitantes. Así quería ser feliz.

Tenía catorce años. Me masturbaba diez veces al día. No sé de dónde sacaba tanta energía. En el colegio cuando me tocaba hacer deporte, teníamos que trepar un tubo de aproximadamente cuatro metros de altura, el que llegaba primero a la cima, podía escoger la disciplina o ejercicio a practicar durante las siguientes dos horas. No sé cómo, pero siempre ganaba. Cuando llegaba a la cima, de pronto sentía un cosquilleo en los genitales y se me venía la vaciada. Era muy incómodo, en especial cuando mis compañeros ya se habían deslizado a tierra y yo todavía me encontraba arriba, colgado como un mono, esperando a que mi inseparable amigo se tranquilizara. No sé si ese estado era normal con relación a otros muchachos de mi edad, pero la verdad que esa situación a veces me era tremendamente embarazosa.

Estaba solo en casa y vi en la mesa del comedor un frasco de cápsulas de diferentes colores con las iniciales *KH3*. Por supuesto no tenía ni el menor conocimiento sobre la utilidad de estas pastillas. Por curiosidad se me ocurrió tomar seis de ellas y me decía: *si mis padres las toman casi todos los días, porqué entonces no puedo tomarlas yo*. Al día siguiente a la hora de levantarme, me di cuenta que Pepito, el inseparable, se encontraba despierto hace varias horas, vivo como una lagartija. ¡El problema era cómo tranquilizarlo! Felizmente me encontraba de vacaciones de verano y me metí a la ducha helada. Me quedé muy preocupado. Así que me fui después del desayuno donde mi vecino, el italiano. Después de contarle todo lo que me pasó, se mató de risa y me dijo:

"¡Oye!… Esas pastillas toman también mis viejos, sirven para la vitalidad… tú ya sabes, pues, a los cochos ya no se les para. Por eso creo que le pusieron el nombre de *KH3*, que si las deletreas por separado significa: KA - CHE - TRES. O sea, cachar con tres, ¿entendiste ahora la situación?"

"Con razón que hoy en la mañana sufrí el síndrome del palo duro", le dije sonriendo. Y soltamos los dos un par de carcajadas.

No creo que ese episodio haya sido el origen de mi sobredimensionado apetito sexual. Es más, nunca he necesitado de pastillas –al menos hasta ahora. Así es, con mis catorce años recién cumplidos, mis glándulas de desarrollo se encontraban en pleno proceso de alquimia hormonal y la ebullición de mis espermas se parecía a la masa ígnea de un volcán en erupción. Me encontraba necesitado. Mujer que veía me la imaginaba desnuda. Parte de la propina que me daba mi padre la gastaba en revistas pornográficas. Quería averiguar cómo y por dónde se podía tener sexo, y si las mujeres se diferenciaban unas de otras cuando se encontraban desnudas. Analizaba cada postura de los protagonistas haciendo el amor. Cuando me reunía

con la collera del barrio, no hacíamos otra cosa que comentar sobre mujeres: *“¡Qué rica es la hermana de José, tiene unas teteras!” “El otro día le vi el calzón a Silvana, lo tenía amarillo y con huequitos” “¿Es verdad que las suecas a la hora de hacer el amor gritan como condenadas?” “Ayer vi una porno salvajísima, hasta con carambola triple... ¡Monstruo!”*

Un día decidí ir donde el chino Willy –el canillita de la esquina. Me había reservado una revista que creo era una de las más salvajes que había visto, el título lo decía todo: *“La boca golosa*” Me costó diez Soles, en ese entonces eran mucha plata. Agarré la revista y la escondí rápidamente debajo de la camisa, luego caminé cuidadosamente a casa, como si hubiera cometido un delito gravísimo, procurando que nadie me viera y logré por fin refugiarme en casa. Ni bien había entrado, mi madre me encontró y me dijo:

“¿Dónde te has metido, hijito?... Te hemos buscado por todos lados.”

En ese momento, no se me ocurrió otra cosa que decirle:

“Fui donde el chino Willy a preguntarle si ya llegó el álbum sobre los dinosaurios. Pero al parecer todavía no ha llegado.”

Mi madre se quedó mirando, como diciendo: *¿dirá la verdad?*

“Hijito, no te olvides que hoy me has prometido acompañarme a ir de compras”, advirtió, señalándome con el dedo.

“No te preocupes, Mutti (así la llamábamos en casa), promesas son promesas, pero ahora no quiero que nadie me interrumpa porque tengo que prepararme para el colegio.”

“¿Colegio? Si tus vacaciones recién han empezado. Para el colegio faltan como dos meses y medio. Creo que estás exagerando, hijito.”

“Pero Mutti, tú sabes que me gusta la química y quisiera adelantarme en este curso, ¿okey?”

Este argumento convenció a mi madre y me dejó solo. Dentro de mí pensaba: *¡casi me descubre!* Inmediatamente cerré la puerta con llave y cerrojo, luego me recosté en la puerta y solté un fuerte suspiro. *¡Uf, qué alivio!* Quería ver a como de lugar esa revista: *"La boca golosa"* Me acosté en la cama concentrándome como un verdadero científico. Por mi cuerpo ya pasaban culebritas de lo ansioso que estaba. En la segunda hoja me quedé perplejo, había una escena en donde una mujer de raza oscura le chupaba el miembro viril a cuatro hombres, era impresionante, al menos para mí, que no había visto nunca antes algo semejante. Los gestos de las caras de esos hombres, expresaban un aleluya de satisfacción exagerado. A uno, por ejemplo, se le blanqueaban los ojos. Continué hojeando, a la mitad de la revista traté de descifrar lo que allí aparecía: por un lado veía un poto blanco de una gorda, por el lado izquierdo asomaba un par de manos que agarraban un seno gigante; entre las piernas de la de las nalgas, emergía una cabeza de otra mujer que le besaba la vulva, y simultáneamente por el lado derecho, otra mano le masturbaba el pene a un hombre negro, que por su descomunal tamaño más parecía un caballo. Creo que si a esta escena se le hubiera tenido que poner un nombre, se le hubiera llamado: "*El Asco Sexual"* Después de haber terminado de ver el resto de fotos de mujeres gordas desnudas, con senos de todo tipo y tamaño, me dio náusea. Muy desilusionado vi mi pene que tenía el tamaño de un maní, y preferí ejercitarlo un poco para que creciera y tuviera un final feliz. Esta excitante calistenia me duró como una hora.

Así pasaban los días, y como dijo Morosini, conocido periodista deportivo, cuando en la contienda de un clásico de fútbol nadie metía goles: "*¡Aquí no pasaba nada!"*

Hasta que por fin un buen día se presentó la ocasión de salir con uno de los vecinos del barrio. Mis padres habían viajado a Miami por dos semanas. Era la oportunidad. Yo me encontraba solo en casa con la empleada, mi hermano se

había ido con sus amigos a la playa. Así que decidí llamar a Enrique –el pendejo del barrio. Me llevaba como siete años de edad. Era de esos tipos que ya habían probado de todo, me refiero a mujeres. Vivía a tan sólo tres cuadras de casa y sus padres eran también muy amigos de los míos, se conocían hace varios años.

Eran como las cinco de la tarde, hora ideal para planear algo, así que decidí llamarlo.

"Aló, buenas tardes, señora García, aquí habla Félix, qué gusto escucharla… ¿Sé encuentra, Quique?"

"¡Félix!… Cuánto me alegra saber algo de ustedes. ¿Cómo se encuentran tus padres? Te cuento que el otro día fuimos de compras y las cosas nos parecieron tremendamente caras. Ya no se puede vivir en esta situación. Pero lo más terrible de todo es como se comporta la juventud. ¡Sí tú supieras, hijito!… Ya no existe dignidad ni respeto por nadie. ¡Las mujeres como se visten! Todas obscenas, mostrando sus intimidades, y los muchachos comprando revistas pornográficas. ¡Qué horror, qué horror! A Dios gracias mis hijos no han salido así."

Dentro de mí decía: *si esta mujer supiera la joyita que tiene como hijo, creo que le daría un ataque*. Yo le seguía la conversación.

"Señora, tiene usted toda la razón, hay que tener mucho cuidado, en especial con las chicas, porque nos llevan a nosotros, los jóvenes, la delantera, sí, sí, señora… ¿Ahora podría darme con Enrique un minutito?"

"Cómo no, mi hijito… Salúdame a tus padres y dales un fuerte abrazo de parte mía, ya."

Por teléfono escuchaba a la señora llamar a su retoñito. Parecía como si se hubiera quedado dormido –como de costumbre. Presumo que se había tirado la juerga del siglo. *Grandísimo pendejo, cómo engañas a tu madre que tanto te quiere*, pensaba. Sin exagerar esperé como diez minutos, mi oreja ya se había puesto roja, hasta que por fin:

“¿Aló?… ¿Quién habla?”, contestó Enrique con voz de tranca.

“¿Cómo que quién habla? ¡Despierta, huevón, soy yo, Félix!”

“¡Ah, tú! Pastor de jirafa, ¿qué ha sido de tu *life*, pues huevas? Tiempo que no nos vemos.”

“Sí, hombre, ¿qué haces en la noche? ¿Estás con carro?”, le dije.

“Sí, ¿por qué, ah?”

“Estoy con ganas de divertirme con una putita. Tú me habías dicho que un día podíamos ir a la Nene, el trocadero. Tú ya sabes, yo estoy disponible, ¿podría ser posible?”, le dije eufóricamente.

Jugaba con el pene. Lo estiraba, manoseaba, se dilataba.

“Claro que sí. Pero el problema es que estás muy pichón, Félix. Tendrías que cambiarte de cara para que no te descubran la edad. Tienes cara de bebé y eso no te va ayudar. Pero de repente esa altura de pasmarote te salva.” Silencio en la línea, se quedó pensativo. Cambió de parecer. “Está bien, hagamos el intento y procura no hablar mucho, porque sino, la cagas”, replicó en tono irónico.

“¡Gracias, compadre! Tú eres mi mejor amigo. ¿A qué hora nos podríamos ver?”, le dije emocionado. De tanto que había jugado con el pene, había crecido hasta el ombligo.

“No te preocupes, yo paso por ti a las ocho, pero en punto. ¡Ah!… y no te olvides de comprar unas cervecitas para el camino. Chau, hasta más tarde.”

Ya eran como las cinco y media, froté ambas manos, tiré un brinco casi al techo y exclamé muy contento: *¡esta vez la hago!* Sentía en ese instante como si me hubieran dado el mejor regalo del mundo, porque hace mucho tiempo estaba esperando ese momento. Luego de haberme tranquilizado un poco, me puse a reflexionar acerca de lo que Quique me había dicho: *“Tú tienes cara de bebé.*” Me acerqué a un espejo para mirarme. Inspeccioné cada ángulo facial y me decía en voz alta: *¡Eso no es verdad! ¡Yo no tengo cara de*

bebé! Y para cerciorarme, corrí donde Toribia –mi empleada- y le hice la misma pregunta. Ella se echó a reír como loca, tapándose los dientes de caballo:

"¡Ay, joven Félix!, qui prigunta mi hace… claruu qui tenes cara de bebé, hasta paricis un milocotón sin pilusa, ja-ja-ja." No despegaba la mano de la boca.

Su gracia le causó tanta risa que hasta la jalea de fresas que estaba cocinando en ese momento, rebasó de la olla. Su ironía no me había agradado mucho, me sentía frustrado, tremenda altura y cara de bebé, *en fin, veremos qué pasa*, pensaba. Y decidí mejor acicalarme y arreglarme como si fuera mi noche de bodas. Ya eran como las seis y media, tenía que apurarme al menos para comer algo, ponerme bello y salir a comprar las cervecitas. El tiempo pasó volando, de repente escuché tocar la bocina de un carro: era Quique. Él estaba muy bien arreglado y olía al perfume de moda, *Paco Rabanne*. Durante el camino nos pusimos a platicar lógicamente sobre el tema: mujeres. Me contaba, por ejemplo, sobre sus odiseas con dos forajidas. Las había conocido en una fiesta allá por *Lince* –una zona muy populosa de Lima. Me relataba con lujos de detalle como había transcurrido la noche, con posiciones que para mí eran totalmente desconocidas. Me excitaba escucharlo.

"¿Crees que yo pueda hacer lo mismo ahora?", pregunté todo inocente.

Se quedó mirando, movía la cabeza.

"¡Claro, huevón! Y eso que esas hembritas fueron decentes, a donde vamos ahora es un trocadero, donde las putas ya han probado de todo. En lo único que tienes que tener cuidado es en no quemarte y que te roben." Me miró de reojo. "Pero creo que tu altura te salvará."

Así es, nos estábamos dirigiendo a uno de los prostíbulos más terribles de Lima: "*La Nene*" Quedaba en el centro del Callao, zona tuguriosa y de mal vivir, y con un alto índice de robos. Y, sin embargo, según Quique, era el mejor sitio de putas –al menos las más pornográficas y baratas. Había

también otro lugar llamado: *“El Cinco y medio”* Pero se tenía que ir con carro y con tu propia mujer. Eso salía muy caro.

La Nene era un prostíbulo en donde uno se podía acostar con mujeres de todo tipo y raza: chinas, negras, mestizas, gordas, flacas, viejas, etcétera. Horario de atención: veinticuatro horas. Pero creo que hacían relevo. Lo único malo era que el viaje era muy largo, como una hora y media de donde vivíamos. Había que manejar con las lunas del carro totalmente cerradas por la cantidad de asaltantes que merodeaban en las calles. En cada parada de semáforo se tenía que estar alerta por las cuatro esquinas y con todos los sentidos muy abiertos. Quique ya se conocía de memoria el camino, me decía por ejemplo:

“¿Ves ese que se encuentra recostado medio borracho en el poste? Pues se hace el ebrio, para confundir a los transeúntes y luego dar rienda suelta a sus fechorías. Es el típico carterista.”

Yo pensaba: *¡dónde me lleva este salvaje!* Así que decidí pensar en otra cosa. De pronto Quique exclamó:

“¡Que alegría! ¿Ves esas luces rojas destellantes?… Pronto vamos a llegar, espero que te diviertas, pero ten cuidado con tu plata.” Me extendió una lata de cerveza y brindamos juntos.

Al fondo de la calle alcanzaba a divisar un hangar inmenso, se parecía al Mercado Mayorista N° 2 de Lima, por la cantidad de gente. En un lado se podía apreciar un aviso luminoso gigante, decía: “*BIENVENIDO A LA NENE*.” Se escuchaba por todos los rincones la estruendosa música pueblerina, con mezcla de cumbia, guaracha y salsa. Gente borracha que corría alborotada sin coordinar bien el paso. Yo no soy racista, pero creo que ahí no encajaba, en la mayoría se trataba de gente de la zona que toma otras costumbres, diría algo primitivas, vale decir las del prototipo del cholo peruano. Cuadramos el carro en la zona de parqueo. Había mucho polvo, mi corazón latía a cien por hora, estaba muy nervioso, todo esto parecía más un camal que un centro de

diversión, pero había que ser valiente, como se dice, siempre hay una primera vez. Quique me haló del brazo y me dijo:

“Ven, sígueme, que te voy a enseñar la entrada, si no te pierdes. ¿Ves esas escaleras a la mano izquierda, al costado de ese kiosco amarillo?…” Levantó el brazo derecho y señalaba: “Allí nos vamos a encontrar en dos horas.” Miró el reloj. “Ahora son las diez de la noche” Me golpeó el hombro. “¡Ánimo, pichón! No te asustes, tú enseña tu pájaro y vas a ver que la vas a pasar de puta madre.” Estaba excitado, los ojos le bailaban. “¡A propósito! Toma, para ti, son condones, para que no se te queme el pipilín.” Se rió.

Observé la bolsita por todos lados y le pregunté:

“¿Y cómo se usa esto?”

Quique se sorprendió.

“¿Qué? ¿No sabes? Ahora es tarde para explicarte, mejor que te lo enseñe una hembrita.”

Hubiera querido que se quedara conmigo. Él se retiraba apresuradamente. *¡Ahora sí, sálvese quien pueda! ¡Dios mío ayúdame!* imploraba. La cosa no me excitaba en lo absoluto, el ambiente era caluroso y húmedo con olor a sudor. Había tumulto de gente, apestaba por todos lados a ruda y verdura guardada. La mayoría eran obreros que venían de trabajar de las fabricas aledañas. Mientras caminaba por los pasillos, con mi casi metro noventa de estatura y la tez blanca que parecía nieve, me sentía fuera de lugar. Eran mestizos de baja estatura, oscuros y regordetes, difícilmente podía pasar desapercibido. Me trataban como si fuese un bicho raro. Podía escuchar entre el tumulto de la gente que decían: “¿Qué hace este gringo aquí?”… “Es mejor que se vaya a su casa a chupar leche con mamadera”… “¡Tremendo pajarazo!”… “¡Grandazo por las huevas!”

Mientras caminaba con miedo por esos recovecos, teniendo que soportar esas calificaciones, no perdía la esperanza de encontrarme en cualquier momento con una

mujer que me gustara y acostarme con ella. Quería debutar hoy a como de lugar. Me detuve en uno de los corredores y observé que a lo largo de él había una hilera de puertas con unas pequeñas compuertas en el centro. En el umbral de algunas de ellas se mantenía prendida una luz roja. Luego me enteré que se trataba de una señal que significaba que la meretriz en ese momento se encontraba en servicio. Tenía una sensación rara, por un lado temor, pero por el otro, deseos de experimentar algo nuevo. De repente sentí que alguien me acariciaba suavemente por atrás. *¡Carajo! ¡Virgen Satísima!*, pensé asustado, y poniéndome a la defensiva, me di la vuelta para ver quién era. Era verdaderamente un monstruo de mujer. Se me vino a la memoria lo que había visto en esa revista. Debía tener unos 50 años o más, era fofa, desabrida y con un grano horrible en la nariz. El perfume que se había echado era tan intenso que parecía gasolina. Con una voz dulce que no concordaba con su cuerpo, me dijo:

"¿Adonde vas, Papito? Tu mami te abandonó, ven, no huyas, te voy a enseñar algo que ni tu propia mamita te ha enseñado."

"¿Qué cosa?", le dije, temblando y con miedo.

Se rió irónicamente como una bruja, la carne del cuerpo le colgaba.

"Ay mi hijito, ¿qué cosa crees, que has venido a la Nene a chuparte el dedo? Lo que te propongo es hacer el amor rico y por tus reacciones, creo que eres virgen." Sacó la lengua, la deslizaba por los labios "¡Eso me excita, cariño!"

Mi cara mostraba una mezcla de duda y asombro.

"¿Amor?… ¿Pero si yo no la amo ni la conozco? Usted querrá decir tener sexo, ¿verdad?"

Seguía deslizando su lengua de lagarto. Se acomodó el sostén, le salía medio seno.

"Lo que pasa es que quería decírtelo de una forma más dulce."

La quedé observando un rato y pensaba, *he viajado casi dos horas, exponiéndome a que me roben para acostarme ahora con un antropoide... ¡No por favor! Mejor que se busque a King Kong*. Así que tuve que pensar como deshacerme de ella, pues parecía dispuesta a violarme. Y le conté que me encontraba indispuesto porque sufría de diarreas incontrolables. Le pedí que me prestara su baño. Dio resultado, pues me miró con una cara de asco, que salió disparada.

Había pasado como media hora recorriendo el hangar y siempre lo mismo, esas puertas cerradas con las luces rojas prendidas parecían los pasillos de un hospital, largos e interminables. Lograr entrar a uno de esos cuartos era como jugar al bingo. Decidí subir al segundo piso, era peor que el primero, parecía una prisión, los cuartos eran tipo calabozo, oscuros y tenebrosos, tenían además en el interior luces infrarrojas, algunas de color rojo intenso y otras azul. Por curiosidad entré a uno de ellos y vi una mujer trigueña totalmente desnuda acostada en una cama redonda. No se veía mal. Así que decidí entrar y cerrar la puerta. El cuerpo me quemaba y sudaba frío, me sentía tenso, no podía creer lo que estaba mirando. Nunca había visto antes una mujer desnuda en vivo. Su cuerpo era pequeño pero bien formado, movía las piernas fibrosas como queriendo excitarme, a la vez acariciaba sus grandes senos. Yo no sabía qué hacer, la observaba sin pestañar, como si fuera de otro mundo. Me había olvidado completamente que estaba en un prostíbulo, la mujer me había hechizado.

“Hola, ¿cómo te llamas?... Ven, quítate la ropa y acompáñame”, me dijo toda sexy.

Volví en mí, me froté los ojos, y le contesté tartamudeando:

“F-e-e-e-l-i-x... ¿y tú?”

“Yo me llamo Chichi. ¿Qué edad tienes, Papito? Eres bien alto, pero se te ve bebé. Acércate y relájate, que estás muy

nervioso.”

“¿Yo?… ¡No!” Me hincaba el pecho con el dedo índice.

Y procurando que no descubriera mi verdadera edad, bajé el tono de mi voz, fingiendo ser un macho experimentado, y respondí:

“Tengo veintiuno.”

¿Así? Pareces de menos. Y ahora ven de una vez, que tengo que trabajar. La hora cuesta cincuenta Soles. Con besada, setenta y cinco. ¿Cómo la quieres?… ¿A la *francesa* o la *rusa?”*

Por supuesto que no supe responder nada. No entendía esas terminologías. Así que inventé una para hacerme el interesante; yo había visto una vez como fornicaban los perros y se me ocurrió decirle:

“¡Cómo la del perro!”

Al parecer le había agradado mi respuesta, porque me dijo:

“¡Ay, que rico! Es mi posición predilecta. Pero antes quítate todo y vamos a lavártela, Papito.”

En ese momento me dio vergüenza quitarme la ropa, y cambiándose de color mi cara, miré a mi alrededor, lentamente comencé a desabotonarme la camisa, la camiseta y luego el pantalón. Para colmo el cierre se me quedó atascado. Estaba en problemas, la mujer se levantó de la cama y se acercó sonriendo. Los senos se le movían de un lado al otro, como dos inmensas bolsas llenas de agua.

“¿Te gustan mis tetas?” Se hacía la virgen, inocente, mansa paloma. “Ven, tócalas, son tuyas. Te voy ayudar con el pantalón.”

Comenzaba a excitarme, nunca había sentido algo semejante, así que comencé a agarrarlas, o mejor dicho a amasarlas, tal como cuando un panadero hace el pan. No podía controlarme, quería palpar cada milímetro. Sentía también como sus pezones se paraban. Sentía que la piel de su cuerpo, en especial la zona del antebrazo, cuello y

pecho, se parecía a la de una gallina sin plumas, de lo excitada que estaba. En ese momento no me importaba nada, pero estaba sorprendido de lo que estaba haciendo. Seguía frotando y frotando sus inmensos senos y jugaba con sus elásticos pezones. No sé si los gestos de su cara reflejaban verdaderamente lo que le decía el alma pero parecía excitarse; qué tales muecas de satisfacción, los ojos se le salían de la órbita, moviéndose alocadamente y sacaba toda su viperina lengua. Me encontraba pendiente de lo que hacía, de sus gesticulaciones y reacciones. Con una voz sensual y agarrándome la mano, ella me dirigía todas las acciones, y yo me dejaba llevar.

"¡Auu! No tan fuerte, quiero que me las acaricies." Gritaba, miraba sus pechos. "¿Qué cosa crees, que es carne molida? Sigue allí, qué rico... ¡Mmm! Así, así, más hacia la izquierda, ahora a la derecha, sube un poco, hecha un poco de tu salivita en mis pezones. ¡Mmm!... ¡Así, así! Qué rico la haces, cariño. ¡Ahhh! ¡Mmm!"

Por fin logré abrir el cierre y me bajé desesperadamente el pantalón. Mis piernas temblaban y mi amiguito al parecer todavía no reaccionaba. Me daba mucha vergüenza, pero era agradable. Estaba ansioso por saber qué iba a hacer más adelante.

"Papito, relájate, te encuentro tímido, tu pipilín se ha quedado dormido. ¿Qué tienes?", decía sorprendida.

"¡No es nada! Lo que pasa que es la primera vez que hago el... este, ¿cómo te podría decir? La verdad que nunca me acosté con una mujer." La cara se me puso caliente, todo el cuerpo me temblaba.

"¡Ah!... Ya comprendo, eres virgen."

Estaba avergonzado y sin mirarle a los ojos, le dije:

"Creo que no porque anteriormente también me he vaciado, pero masturbándome." Me cubría el pene con la mano, igual que Adán.

Sus gestos cambiaron totalmente, ya los ojos se le movían como ruleta de casino, muy descontrolados. El teatro de su

entusiasmo me parecía cada vez más real y sincero. Todo estaba claro, quería actuar. Soltó un leve suspiro y me susurró al oído:

“Mi amor, no tengas miedo, la verdad que por tus reacciones algo sospechaba. ¡Eso me arrecha locamente! ¡Me encantan los primerizos! Por eso es que hoy te voy a ser muy, pero muy feliz.”

Se olvidó totalmente de lavarme. Se agachó y comenzó a besarme las nalgas, y con una mano empezó a masajearme el pene, lo masajeaba tan bien que al poco rato se puso duro como palo. ¡Qué tal sensación! Volaba por la ionosfera. Las extremidades se me electrizaban.

“Hijito, qué buena pieza. Tienes buen futuro por lo aventajado, además te manejas unos huevos que parecen de toro.” Hacía muecas de mujer golosa.

Luego me agarró de la mano para llevarme a la cama y sacó un frasco para bañarme en aceite –según ella afrodisíaco. Me acariciaba las partes más sensibles del cuerpo con una delicadeza única. Yo me sentía como el Emperador *Claudio* en la época de los romanos. Luego me hizo voltear boca abajo y con sus manos me separó las nalgas para lamerme el ano con su lengua de lagartija, quería también introducírmela.

“¡Oye!… ¿Qué haces? Creo que te estás equivocando, por allí no es”, le llamé la atención.

“Yo nunca me equivoco, mi corazón, te va a gustar, déjame violarte. Yo sé lo que hago.”

La cosa ya me comenzaba a preocupar, pero como también me encontraba muy excitado le dejé seguir adelante. Luego me volteé boca arriba y veía mi pene que parecía el mástil del palacio de gobierno de lo grande que estaba. La hambrienta mujer comenzó a crujir y maullar como gato salvaje, abalanzándose para chuparlo y lamerlo por todos lados, como si fuera la pepa de un mango. Esas succiones todas ruidosas y llenas de saliva hasta hoy día las recuerdo. A veces me parecía como si estuviera con rabia,

por la cantidad de espuma que le salía por la boca. Yo en cambio, y a pesar de la extrema excitación, me controlaba, hasta yo mismo me sorprendía. Me encontraba a la expectativa de todo lo que hacía. ¡Estaba cojudo! Mientras me besaba las partes viriles, ella gritaba de placer.

"¡Mmm!, qué rica la tienes. Tu mami sí que te ha hecho bien. Te la voy a absorber hasta que se ponga roja como semáforo… Schlup-schlup-schlup. Me estás volviendo loca. ¡Te amo, te amo!"

Mi mirada se tornaba cada vez más perdida. Todo me parecía un sueño. Después de estar acostumbrado a masturbarme solo y siempre escondido, ahora al estar con una mujer de carne y hueso, desnuda, postrados en la cama, besándome y agarrándome el pene como si fuera también una parte de su cuerpo, me parecía prodigioso. Por fin experimentaba el Eros en su máximo esplendor. Me gustaba, me sentía feliz.

"¡Sigue, sigue!… ¡Así, qué rico!… ¡Ahh!"

Acariciaba todo su cuerpo sin perder de vista sus maravillosos senos, que más parecían un par de jugosos melones de injerto. Me gustaba observar su pequeño cuerpo bien formado y sudoroso. Ella no hacía otra cosa que chupar y chupar, y pensaba: *ésta sí que es una golosa*. Me estaba volviendo loco. Cada vez que su lengua se enroscaba como víbora en mi pene sentía conmociones eléctricas, mis testículos se movían desesperadamente hacia arriba y abajo, como un ascensor descontrolado. Su piel era tersa y bien bronceada, podía sentir con mis manos como sus glúteos y muslos se contraían con frecuencia, sobre todo cada vez que gritaba con desesperación y placer.

"¡Mmm!… ¡Ahhh!… ¡Mmm!… Papito, ya no aguanto más, quiero que la hagamos. ¡Métemela, por favor, métemela!"

Llegó la hora de la verdad: *¡Esta vez la hago! ¡Qué rico, voy a tener sexo!* deliraba. Pero no sabía como hacerlo. Me había quedado estirado boca arriba con la bayoneta

apuntando al cielo; mientras ella seguía tirando de alaridos, acariciándome y mordiéndome las tetillas como un caníbal.

“Discúlpame, pero no sé qué hacer y por dónde empezar, guíame tú, ¿sí?”

“Verdad, lo había olvidado. Ahora prepárate que te voy a dar las mejores lecciones”, me contestó sonriendo.

Se sentó encima de mí, me agarró la bayoneta, la rozó contra su carnosa vulva y la condujo hacia su vagina. Sentí al rato como le salía un liquido medio gelatinoso caliente que iba cubriendo lentamente el órgano infalible. Los movimientos de su cuerpo eran coordinados y de intervalos cortos, en especial sus nalgas y piernas. Por la capa ligera de sudor y el reflejo de la luz del ambiente, su piel tomó un brillo especial.

“Métemela despacito, cariño, porque te manejas una que seguro me va a hacer doler. ¡Ay, ay! ¡Auu!… ¡No entra, carajo! ¡Qué tal tronco!”, gritaba adolorida.

Yo me frustraba, me compungía.

“¿Y ahora qué hacemos? De repente cambiando de posición se ablanda un poco.”

“No te preocupes, me encanta que me duela, fuérzala un poco más. ¡Ahí, ahí! ¡Qué rico! Ya está entrando… ¡Mmm! Así, mi bebé, sigue, sigue, muévete más. Empújala fuerte, bien, bien, qué rico duele, carajo, sigue, sigue.”

Pero seguía sin entrar, al perecer tenía un problema de penetración, y todo dejaba indicar que era yo el culpable. No me imaginaba que esto iba a ser tan complicado. Era un suplicio luchar para que penetre siquiera un centímetro, también me dolía, pero era un dolor agradable. Paré mis movimientos sincronizados –que dicho sea de paso los había aprendido muy bien- y me acordé:

“¡El condón! ¡Me lo olvidé, carajo! Ahora me voy a quemar.”

Ella me miró sorprendida.

“¡Qué te has creído! ¿Que estoy enferma? A nosotros nos revisa el Ministerio de Salud cada semana, aquí tengo mi

carné. Así que si crees que tengo algo, te puedes ir. La verdad que no me ha gustado lo que me has dicho. ¡Me has ofendido!”

“Discúlpame, no era mi intención.” Mi masa eréctil le rozaba los glúteos, quería continuar. “Lo dije simplemente porque Quique, mi amigo, me había recomendado que lo haga… ¿Me perdonas?”

Movía su cabeza fingiendo estar triste y desilusionada, pero también se moría de ganas. Como puta que era, se lucía con su gran capacidad seductiva. A mí tampoco me importaba incendiarme con una enfermedad venérea.

“¡No! Ya olvídalo, mejor continuemos así”, dije.

Se puso en la postura anterior y comenzó a acomodar su curtida vulva, rozándola con el pene. Le salía cualquier cantidad de ese liquido gelatinoso, todo se encontraba bien lubricado, su orificio vaginal parecía como un helado que se derretía por el calor. Se volvió a sentar encima con tal vehemencia, que entró como un supositorio. Era maravilloso. Sentía en su interior que los músculos vaginales se contraían y succionaban agradablemente mi miembro. Ella gritaba, no sé si de corazón, pero gritaba.

“¡Ayayay! ¡Así, así!… ¡Qué rico, baby!”

Se movía y se movía, como loca, yo no necesitaba hacer nada, ella lo tenía todo bajo control. Se parecía al *Llanero Solitario* domando un potro salvaje, *¡arre, caballo!* Yo me encontraba más que excitado, un astronauta navegando en la inmensidad del universo, en otra galaxia, el cosquilleo en mis genitales era constante, creo que ya se venía el clímax. Tenía ganas de disparar los proyectiles intergalácticos, pero me aguantaba, tenía que durar. De pronto ella tiró del estribo y paró bruscamente.

“Ahora te voy a enseñar otras posiciones, empezaremos con la que me has sugerido tú: *la del perrito*”, y se acomodó rápidamente.

Parecía una acróbata de circo, se movía con una ligereza increíble, la cosa estaba tan bien lubricada que entraba y

salía con gran facilidad. Sin exagerar me enseñó como diez posiciones diferentes (tal vez me quede corto). Empezamos por ejemplo con la del *perrito*, luego la *sesenta y nueve, la francesa, el pajazo ruso, el salto del fraile, el beso negro* y *la silla*, entre otros. Yo ya no podía más, me bastaba con la del perrito. Y ella, con la energía de un volcán, me decía:

"Síguela, Papi, que la noche es joven."

Se le torcía la cara, endurecía las nalgas, sacaba lengua, se le blanqueaban los ojos.

Yo en cambio me sentía agotado *¡Qué le dan de comer a ésta, qué tal energía!* Me la chupaba, se la metía por delante, por atrás, en el centro, a la izquierda, a la derecha, en fin habían pasado casi una hora y media y seguía dándola. Justo cuando estaba casi para darle al blanco, ella estranguló mi arma para que no salieran las municiones, y me dijo:

"Baby, tú me gustas mucho, déjala en mi boca, así tendré un recuerdo tuyo."

Su propuesta me había descuadrado, metidaba: *ésta se ha vuelto loca o qué, ¡qué cochina!* Su boca era grande, parecía caverna, y ¡sass!, le introduje todo el proyectil. Ella continuaba jugando con mis testículos. Yo me quedé atónito, no podía creer lo que estaba haciendo, era increíble. El placer final ya estaba por venir: la eyaculación. Yo no me podía contener, gemía, todo se endurecía, parecía epiléptico.

"¡Ahhh! ¡Qué rico! Ya se me viene. ¡No aguanto, no aguanto!", gritaba.

Me puse tenso, casi paralizado, contuve la respiración por unos segundos, las reacciones del cuerpo ya no las controlaba, sentía calambres en las piernas y en los brazos, me movía sólo por inercia, el corazón hacía: pum-pum-pum. Mi tensión arterial en ese momento tenía más milibares que la atmosférica, volaba. Mis testículos se pusieron estáticos, el pene estaba duro como acero, con una cabeza igual que un planetario de lo inflado que estaba; presioné hacia su

boca de tal manera, que el misil desapareció en su garganta, disparando con fuerza todo el semen, una y otra vez. ¡Ah, qué placer!... ¡Ahhh! ¡Ohhh! ¡Uhhh! Y ella efectivamente, la muy golosa, se tomó todo el líquido lechoso, lo exprimió hasta la última gota y al final soltó un eructo. ¡Buen provecho!

Lo que había sentido me había asustado. Luego de ese maratónico episodio me vino un agotamiento general. Sentía calambres por todo el cuerpo, todo palpitaba aún. El pene duro y bien estirado se seguía moviendo solo, escupía todavía las últimas gotas de ese concentrado líquido de espermas. Por supuesto que la glotona, como si todavía no estuviera satisfecha, le pasaba la lengua como un perro. Yo en cambio ya no daba más. Habían pasado más de dos horas, y pensé: *ya te jodiste porque te van a cobrar más*. Volví nuevamente en mí y escuché la voz atorada de ella que me decía:

"Mi amor, la tienes muy rica. Ahora quiero que me la metas por atrás, rómpeme el culo con tu poderoso, Papi."

Yo exhausto, con la lengua afuera y preocupado por el tiempo, le dije:

"Pero si ya han pasado las dos horas y de seguro vas a querer que te pague más, ¿verdad?"

"¡No, mi amor! ¡Qué ocurrencia! Por ti soy capaz de pasar toda la noche gratis, me gustas mucho."

En eso, en plena conversación, escuché que alguien tocaba desesperadamente la puerta y con una voz de ultratumba gritaba:

"¡Chichi! Soy yo, ya es hora, ¿todo está bien?"

Yo muy asustado le dije:

"¿Quién es ese? ¡Qué tal voz, da miedo!"

Ella también comenzó a temblar y a ponerse nerviosa. Se mordía las uñas.

"Ese es *Bemba*, mi monta y cafiche, y si yo no le hago caso se molesta conmigo. Así que te aconsejo que continuemos otro día. ¡Ya tienes que irte!"

No entendía a qué se refería con eso lo de monta. Ella ya se estaba vistiendo.

“¿Monta? Ah, ya sé… ¿o sea que monta caballo?”

Ella movió la cabeza y mostrando muy poca paciencia, me respondió:

“¡No seas idiota! Habla bajo porque nos puede escuchar. Él es mi pareja y aparte de machucarme todos los días, me protege de los hombres. Además, me controla la hora de servicio, ¿entendiste ahora? Y ahora vístete de una vez, carajo.” Y me alcanzó la ropa que estaba encima de una silla.

Cuando comencé a vestirme, la puerta se abrió bruscamente y entró *Bemba*. Nunca en mi vida había visto un hombre tan feo, hacía honor a su apodo, parecía un mandril, con unos labios descomunales, como quien infla una colchoneta. Se quedó mirándome fijamente. Rezando el Padre Nuestro pensaba: *mierda, seguro que ahora me come este caníbal*. El feo abrió su boca y dijo:

“Chichi, ¿de dónde has sacado a este pichón de elefante?”

Yo todo nervioso me adelanté en la contestación.

“No se preocupe, *Jeta*, perdón, quiero decir, señor *Bemba*, yo ya estoy por irme, me falta sólo amarrarme los zapatos, y ya estoy fuera.”

El se encolerizó.

“¿Así que *Jeta*, no?… Eres bien graciosito.”

Era un negro fuerte, imponía respeto.

“Tú has hecho el amor con mi Chichi, y te has pasado media hora. Eso a mí no me gusta. Ahora quiero que te portes como niño obediente y págale cincuenta más.”

“Pero, señor Bemba, Chichi me dijo que no había necesidad. Es más…”

Ella me pellizcó el brazo sin que él se diera cuenta, como tratando de decirme: *no le digas nada porque sino me mata*. Y ella comenzó a hablar sonriéndole hipócritamente:

“Negrito de mi corazón, tranquilízate.” Se acercó a él, le pasó las manos por sus musculosos pectorales, lo miró con

cara de mujer sensible y dijo: “Él es novato, hasta ahora nunca se había acostado con una mujer, por eso es que le estuve enseñando como se hace la cosa.” Mostraba muy bien sus cualidades teatrales. “No era fácil porque se demoraba mucho. ¿Tú ya entiendes, verdad? Déjalo ir, no le hagas problemas, ¿sí?”

Pero el zambo no le creía. Me contemplaba con una mirada de pocos amigos, juntando fuertemente su protuberante maxilar, pegaba sus labios de colchoneta, encogía el mentón, arrugaba la frente, como diciendo: *cuéntame mejor el cuento de los tres chanchitos*. Yo estaba que me orinaba de los nervios, por el miedo no me atrevía ni a mirarlo.

“¡Así que primerizo! ¿Te gustó, Chichi?… ¿La hace rico, no? Pero de todas maneras esto te va a costar caro. Te aconsejo que sueltes la mermelada de una vez, sino mañana tendrás que ir al dentista porque te faltarán dientes, ¿entendiste?”

“¡Por favor, señor! No tengo más que veinticinco Soles. Yo solamente le hice, *la francesa.*”

“No me interesa en qué nacionalidad la hiciste, yo quiero ver plata, y ahora.”

Estaba desesperado, lamentaba haberme acostado con esta mujer, dentro de mí imploraba: *cuánto daría por que Quique estuviera conmigo. ¡Y ahora! ¿Cómo hago para salir de este embrollo?* Por otro lado veía que la puta de Chichi se divertía de lo lindo con la situación. Todo indicaba que era un complot, y le dije al negro en tono de ruego:

“Señor Bemba, ¿qué puedo hacer para convencerlo? Mire mi billetera. ¡Por favor, por favor!”

Agarró los veinticinco Soles que había adentro, se recostó en la pared pensativo, y volteó la mirada donde Chichi, como diciendo: *a este huevón hay que sacarle algo más*. Ella comprendió el mensaje y como siempre muy hipócrita, trataba de convencerme:

“Papito, tú sabes que nosotros somos pobres y necesitamos dinero, seguro que tu papi tiene mucha plata, tenemos que alimentar a nuestros hijos y por eso es que Bemba me cuida cuando trabajo.” Clavó su mirada en mi reloj, los ojos le brillaban. “¡Papi, que bonito reloj tienes!” Chequeaba las reacciones de Bemba. “¿Cuánto no daría por tener uno así?… ¿No es así, Bemba?”

Estos mal nacidos querían desmantelarme. Así que no me había quedado otra que entregarles mi reloj –fue el regalo que me hicieron mis padres por la primera comunión-, quería llorar de cólera, pero tenía que ser macho para seguir adelante y les dije resignado:

“¿Ya están contentos? ¿Y ahora me pueden dejar ir?”

El negro, con una sonrisa de oreja a oreja, me contestó:

“Hijo mío, has hecho una buena obra. Gracias, que Dios te bendiga. Ahora te puedes ir”, examinaba la calidad de mi reloj marca *Longines.*

Dentro de mí estaba que reventaba, creo que si no me controlaba al negro podía volverlo blanco y luego descuartizarlo en pedazos. *Qué se ha creído este mal nacido, llamarme hijo*, maldecía. Y salí disparado antes de que se les ocurriera dejarme en calzoncillos. Mientras corría sin rumbo por los pasillos, los insultaba en voz alta: “¡Conchatumadre, hijos de puta! ¡Un día me las van a pagar!”

Ya eran más de las doce. Encontré a Quique en el kiosco de la salida esperándome por supuesto muy mortificado, y con una cara de a metro.

“¡Dónde te has metido, huevón! Te he estado esperando más de media hora”, me dijo en tono de enojo.

Por supuesto que su reacción fue la gota que colmó el vaso de agua, y le grité:

“¡Déjame tranquilo, sí! Es mejor que no me hables, y ahora vámonos a casa.”

A pesar de ese incidente en el prostíbulo, esa fogosa experiencia sexual con Chichi no quería ni podía olvidarla. Y

comencé también a frecuentar otros lugares similares. Los años de mi pubertad y adolescencia habían pasado volando. Tenía veinticuatro años, y había descubierto que me había vuelto adicto al sexo. Mujer que veía inmediatamente la relacionaba con Chichi, el sexo me alocaba, con ellas me comportaba como una máquina de sexo, un supermacho que todo lo podía. Nunca me di cuenta que así malgastaba la energía de mi espíritu en lugar de alimentarla. No me importaban los sentimientos ni las emociones de otros. Me comportaba en forma egoísta, vanidosa e inmadura, como si la época fogosa de mi adolescencia no hubiera avanzado. Así que decidí estar con una enamorada. La mayoría a mi edad tenían sus parejas y yo no quería quedarme atrás.

Patricia fue coronada reina del conocido balneario *San Bartolo*, se veía perfecta con su piel bronceada y tersa, sus ojos parecían un par de faroles verdes que alumbraban intensamente. Era linda y alta, con lo que encajaba con mi tamaño. Yo me la imaginaba desnuda, echados en la cama y practicando ejercicios horizontales. Pero eso eran más que sueños porque estaba condenado a pasar más tiempo junto a sus padres y con un mayordomo maltrecho: yendo de compras, jugando dominó en casa, viendo telenovelas, comiendo cancha salada en los cines y aguantando al cargoso de Jimmy –su hermano menor de diez años-, que por los correctores que llevaba en la dentadura, hablaba siempre escupiendo y pronunciaba mal mi nombre.

“¡Feli, Feli! ¿Por qué no te casas con mi hermana?”, me decía Jimmy, me halaba la camisa.

Yo, colérico por la impertinencia, no lo podía ver ni en fotografía.

“¡Yo me llamo Félix, y no Feli, ya!…” Me mojaba la cara cuando hablaba; me secaba con el pañuelo. “Y no me escupas, carajo. Cámbiate mejor esos fierros.”

Se echó a llorar, y corrió donde su engreído y protector Timoteo – el mayordomo.